



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 29

El trato de Saito

Ni siquiera se percató del sabor, un poco más amargo de lo habitual. Noriko Hayashi bebió el té que su amante le había preparado. Era el primer día que estaban juntos en la Frontera y el arcángel no quería perder tiempo, era su oportunidad, ahora o nunca. Cruzó las manos delante de su rostro cicatrizado, imperturbable mientras veía como la chica, en su inocencia, bebía. A los pocos segundos, la visión de Noriko se tornó borrosa, su mente se nublaba, se apagaba.

— ¿Por qué... tengo tanto sueño...? —pudo preguntar antes de caer profundamente dormida.

Sin más y sin cambiar el gesto de su ahora neutral rostro, Saito la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio, pero no se limitó a dejarla en la cama sin más, ató sus muñecas al cabecero de la misma con unas esposas y posteriormente vendó sus ojos y la amordazó. Luego acarició su vientre abultado debido al avanzado estado de gestación y consultó su reloj, disponía de pocas horas antes de que despertase, pero era el tiempo suficiente. La dejó allí y se encaminó por los pasillos inundados de puertas que conformaban la mansión de la Frontera. Saito se dirigía a una de ellas en particular, la más oscura, la más peligrosa.

Anduvo por un largo pasillo donde todas las puertas eran exactamente iguales. Guiándose por su instinto, llegó a una sala donde había tres puertas que eran completamente diferentes, más ornamentadas. Se dirigió a la de color oscuro, donde había demonios tallados en el marco. Puso la mano en el picaporte, cerró los ojos y respiró hondo varias veces antes de hacerlo girar. No podía equivocarse.

Con un rechinante ruido, la puerta se abrió despacio y lo que había al otro lado no era una habitación más. No había nada salvo una negrura infinita y unas escaleras empinadas cubiertas de neblina que conducían hacia abajo. Saito sacó una linterna que llevaba consigo para poder ver el camino.

Comenzó a bajar las escaleras cerrando la puerta tras de sí, perdiéndose en una especie de cueva donde no había paredes visibles y que no parecía tener fin. Tras recorrer lo que eran tramos interminables de escalera, pisó el suelo. La neblina era ahora más espesa, hasta que le envolvió por completo y no pudo ver nada. Su corazón comenzó a latir con fuerza, intentó mantener la calma dando un paso hacia adelante, luego otro, apuntó con la linterna a pesar de que todo era niebla y oscuridad. Tras varios pasos más, la niebla comenzó a disiparse como por arte de magia.

Saito apuntó con la linterna, había llegado a un lugar que parecía una cueva muy pequeña y angosta, sin salida aparente. Extrañado, alumbró todo lo que tenía a su alcance, las paredes eran de tierra, parecía estar en el interior de una especie de hoyo o... enseguida apuntó hacia arriba. Una gran losa de piedra estaba justo encima de su cabeza, esa tenía que ser la salida. Buscó las juntas de la piedra y las palpó con sus manos. Encontró una pequeña abertura, por lo que apagó la linterna y alzó los brazos para intentar mover la losa de piedra. Haciendo acopio de todas sus fuerzas la losa iba cediendo, haciéndose hacia un lado, dejando finalmente que se viese el exterior.

Miró ahora hacia la salida descubierta. Se veía un cielo con un tono violáceo y al respirar, reconoció aquel aire inconfundible, denso, frío. Subió para salir y observó a su alrededor.

La losa de piedra que había movido pertenecía a la fuente seca del patio principal de un castillo en ruinas que reconoció enseguida.

El Inframundo.

Era de noche y no había movimiento aparente, se encontraba solo. Volvió a poner la losa en su sitio y dirigió sus pasos hacia la sala principal del trono.

Por el camino se cruzó con varios demonios y ángeles oscuros que le reconocieron al instante. Pero estos, asombrados, agacharon sus cabezas sin hacer o decir nada. Con el semblante serio, Saito continuó hasta abrir las grandes puertas de la sala.

Al verle, Lord Azazel, desde su trono, sonrió con una mueca. A su lado, Alastor comenzó a desenvainar la espada pero su Señor se lo impidió poniendo su brazo delante. Se puso en pie mientras se retiraba la capucha.

— Vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí? ¿El hijo pródigo ha regresado?

Sin decir absolutamente nada y con paso firme, Saito cruzó la sala decorada con múltiples velas hasta llegar ante él, se arrodilló y agachó la cabeza en una clara muestra de lealtad.

— Mi Señor. —dijo.

— ¿A qué debo el honor de tu regreso, Saito?

— No he regresado mi Señor, solo es una visita.

Ahora Azazel no pudo evitar poner una mueca de extrañeza pero enseguida cayó en la cuenta.

— No estás muerto, has atravesado uno de los portales... acompáñame. Alastor, quédate aquí.

El demonio íncubo apretó un poco los labios y la mirada que dedicó a Saito fue feroz, pero se mantuvo en su sitio observando cómo se marchaban.

Lord Azazel le condujo hasta uno de sus aposentos privados, decorado con toda clase de artilugios que fascinaban al demonio, tales como aparatos de tortura, libros antiguos y vestidos o complementos que él mismo confeccionaba para su colección de muñecas. En aquel espacio había una mesa redonda muy bien labrada y un par de cómodos sillones. Azazel se dirigió a un mueble-bar y sin titubear cogió una botella de whisky, lo que no pasó desapercibido a Saito, pues nunca le había ofrecido su bebida favorita. Azazel más bien era un fanático del vino y a sus súbditos siempre les hacía beber lo que él mismo bebía, por lo que estaba claro que estaba abierto a negociaciones, tenía intereses.

Sin decir nada y una vez servidas las copas, ambos se acomodaron en los sillones tapizados en rojo y Saito sacó de un bolsillo una fotografía. La dejó sobre la mesa.

Era la misma fotografía que Azazel le había entregado a través de Asher, cuando fue a aquella iglesia para afianzar los planes que tenían, antes del baile. En la misma se podía ver a una mujer de tez muy pálida, con el cabello rojo y ojos verdes. Azazel sonrió entornando sus fríos ojos grises carentes de pupilas.

— Veo que recuerdas que aún seguimos teniendo un trato. Sí, ella está aquí Saito y será tuya. Pero antes, debes cumplir con tu misión.

— Ahora soy uno de los guardianes, tengo acceso a todos los portales e inclusive... soy quien custodia las dagas de la luz y la oscuridad. Quiero verla. —dijo más deprisa de lo que hubiese deseado. La última frase sonó a una orden.

Sin decir nada, Lord Azazel se levantó y se dirigió a él, le cogió del pelo con fuerza y se agachó para quedar frente a frente. Habló despacio y con voz ronca.

— Que estés en una situación de poder no significa que tengas que darme órdenes. Puede que ahí fuera seas un arcángel bien considerado, pero aquí solo eres un perro, fiel y obediente, yo diré cuando puedes verla. Primero me hablarás de las dagas y me dirás dónde está el portal. — le soltó y se dirigió de nuevo a su sillón, momento que Saito aprovechó para dar un buen trago al whisky. — Te has vuelto demasiado confiado, vivir en el mundo humano ha hecho que pierdas tus miedos.

Antes de hablar, Saito sacó un cigarrillo y lo encendió.

— Las dagas por separado no tienen ningún poder, pero la de la luz es diferente. Tiene unas estrías por donde fluye un líquido, más concretamente el agua del manantial de los recuerdos. La daga actúa como una inyección, puede devolver la memoria a un ángel incluso solo con tocarla.

— La has traído contigo, ¿por qué no me la muestras?

Obediente, Saito sacó la Daga que efectivamente llevaba y la dejó sobre la mesa. Con sumo cuidado, Azazel la tomó entre sus amarillentas manos, la observó desde todos los ángulos y apretó un resorte oculto. El líquido que contenía se desparramó por la mesa.

— La profecía estaba incompleta, hablaba también de un sacrificio de sangre que debía realizarse con esta daga. Y la inocencia que aún resta es la de mi propio hermano. Creíamos que solo residía en el alma pura, pero no lo habíamos interpretado bien. Matsumura es la pieza que encaja en todo esto. Él es mi hermano gemelo, él es el bien y yo soy el mal, él es luz y yo oscuridad. — dicho esto sacó una aguja e inconscientemente Saito se echó hacia atrás en su asiento. Pero lo que hizo Azazel fue pinchar uno de sus propios dedos. Una sangre densa y casi negra comenzó a emanar del mismo, llevó el dedo hasta una de las aberturas de la daga y las estrías de la misma comenzaron a teñirse con aquel nuevo líquido. Al terminar, cogió la daga entre sus finos dedos, cerró los ojos y musitó algo por lo bajo. Se la devolvió a Saito, el cual gritó de dolor en cuanto la tocó, dejándola caer.

— No soy un estúpido, ahora solo yo puedo utilizarla, guárdala en esto —a continuación Azazel se levantó y depositó la daga en un estuche de cobre. — Mi sangre bastará para completar el sacrificio y así podré apoderarme de lo que realmente deseo.

Saito sabía de lo que hablaba, lo que más ansiaba su Señor era fundirse con su hermano, ser uno, recuperando así el cuerpo y la belleza que le habían “arrebatao” al nacer. Apuró el cigarrillo y observó ahora como Azazel entornaba los ojos.

— Ahora, muéstrame donde está el portal que te ha conducido hasta aquí.

Una mirada azul imperturbable se clavó en los ojos del demonio. De repente, Saito no parecía nervioso, no mostraba dudas, ni miedo. Aquel gesto no pasó desapercibido para su Señor pues nunca había tenido la osadía de mirarle como lo estaba haciendo en aquel momento. Saito se levantó despacio y se colocó justo detrás del sillón donde se encontraba sentado Lord Azazel. Sin mediar palabra, puso las manos sobre los hombros del demonio.

— Insensato, no te atrevas a...

Calló de repente. Las manos de Saito se envolvieron en un halo de luz dorada y estas bajaron lentamente por su torso, haciendo que él mismo se fuese reclinando hacia adelante. Azazel arqueó la espalda y puso los ojos en blanco, dejando escapar un sonoro gemido.

— Ese... poder... no es el de un arcángel. — logró decir.

Saito continuó bajando lentamente y cuando llegó hasta su oído respondió en un grave susurro, muy despacio.

— No, por supuesto que no.

Por primera vez, Azazel abrió mucho los ojos. Saito prosiguió.

— Puedo darle todo el poder que necesite, puedo devolverle toda su belleza perdida, puedo encargarme de todos los desleales, y sí, voy a decirle donde se encuentra el portal... con dos

condiciones. Primera: volverá conmigo e iniciaremos cuanto antes el ritual. Segundo: llegado el momento, yo me encargaré personalmente de Matsumura. Ah, y otra cosa... no vuelva a amenazarme ni a decir que aquí soy solo su maldito perro. Espero que haya quedado claro, mi Señor. Y ahora, le enseñaré donde está el portal y luego, me llevará ante ella.

De este modo, ambos salieron y Saito le condujo hasta el patio principal, sabía que su Señor, a pesar de lo que era, cumplía su palabra y aquel alarde de su poder sirvió aún más para darle confianza. Señaló la fuente y la losa de piedra, cubierta de neblina. Azazel alzó un brazo y la piedra voló haciéndose a un lado, descubriendo así el cavernoso pasaje.

— Lo que siempre vemos más a menudo es casi siempre lo que se nos pasa más inadvertido. Un lugar siempre rodeado por la niebla, desapercibido, teniendo en cuenta que todo está cubierto por ella. Interesante... —decía Lord Azazel mientras escudriñaba el agujero.— Buen trabajo —se dio la vuelta y comenzó a andar seguido de Saito, él ya sabía a dónde le iba a conducir, por lo que respiró hondo mientras su corazón comenzaba a latir de nuevo.

En esta ocasión se dirigieron a los sótanos, recónditos y con infinitos pasadizos únicamente iluminados por las antorchas. En todo el tiempo que había permanecido Saito en el Inframundo, jamás había pisado aquella zona. El aire allí era más húmedo y putrefacto, más denso, casi irrespirable. Por los pasillos había puertas de acero, algunas estaban numeradas y abiertas, levemente entornadas, Saito se fijó en que solo dieciocho de las puertas se encontraban abiertas y una, la del fondo, con el número uno, aún permanecía cerrada. Había llegado a tiempo. Tras dar innumerables vueltas de forma que el arcángel pensó que no saldría de allí ni con mapa, llegaron hasta una puerta parecida al resto. Lord Azazel pasó su mano por delante, sin rozarla. Se abrió despacio mientras Saito tragaba saliva de forma inconsciente.

— Os dejaré... un rato a solas. —dicho esto Azazel se quedó fuera mientras Saito, muy despacio, se introdujo en el interior de lo que era una pequeña habitación cuadrada, con el techo inundado de tuberías que conducían hasta un depósito, una especie de tanque con líquido en cuyo interior había una mujer en postura fetal, desnuda y con el cabello rojo algo largo.

A pesar de que no lo demostraba, el corazón de Saito parecía que se le iba a salir por la garganta, latía con fiereza dentro de su pecho mientras se acercaba al tanque. Se quedó mirando a escasos centímetros y poco a poco tocó el frío cristal con su mano derecha. Por la postura, no se podía observar el rostro de aquella mujer, solo su cabello de color rojo que se movía lenta y grácilmente dentro de aquel líquido en el que se hallaba. Saito entornó sus ojos oceánicos y apretó los labios. Se apartó del tanque girando sobre sus talones y dio grandes zancadas, saliendo muy deprisa de aquella habitación.

— Cumpliré con mi misión y ella quedará libre. Ahora, venga conmigo, tenemos una batalla que librar.

Lord Azazel mostró una sonrisa recurrente y cargada de maldad pura.